

El pensamiento del Papa Francisco sobre la familia. Algunos textos

José Luis Guzón

1. Claves de la familia cristiana¹

“Queridos hermanos y hermanas: ¡Buenos días! En este primer domingo después de Navidad, la liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, todo nacimiento nos muestra a Jesús, junto con la Virgen y San José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana; quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso hacia el exilio, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la dramática condición de los refugiados, caracterizada por miedo, incertidumbre, estrecheces (cf. Mt 2, 13-15. 19-23). Por desgracia, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en tan triste situación. Casi a diario, la televisión y los periódicos traen noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran una acogida auténtica, respeto, aprecio de los valores de los que son portadores. Sus expectativas legítimas se enfrentan a situaciones complejas y a dificultades que a veces parecen insuperables. Por eso, mientras contemplamos a la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a convertirse en refugiada, pensemos en el drama de aquellos inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo

¹ Ángelus del PAPA FRANCISCO en el domingo 29 de diciembre de 2013, fiesta de la Sagrada Familia (Ecclesia, nn. 3708-09 (4 y 11 de enero de 2014), p. 29.

esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados» —yo los llamaría «exiliados ocultos»—, en los exiliados que puede haber en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces se me ocurre que una señal para saber cómo funciona una familia es ver cómo se trata en ella a los niños y a los ancianos.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto debido a las amenazas de Herodes nos muestra que Dios se encuentra allí donde un hombre está en peligro, allí donde un hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios se encuentra también allí donde el hombre sueña, donde espera volver a su patria en libertad, donde proyecta y escoge en función de la vida y de la dignidad suyas y de sus familiares”.

2. Familia, jóvenes, vocaciones y pobres: tres atenciones y una exhortación²

“Queridos hermanos en el episcopado: Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros y a las Iglesias particulares que el Señor ha encomendado a vuestra paternal dirección. Doy las gracias a monseñor Józef Michalik por sus palabras, y sobre todo por asegurarme que la Iglesia que está en Polonia reza por mí y por mi ministerio.

Nos reunimos, como si dijéramos, en vísperas de la canonización del beato Juan Pablo II. Todos llevamos en el corazón a este buen pastor que, en todas las etapas de su misión —como sacerdote, como obispo y como Papa—nos dio un ejemplo luminoso de abandono total en Dios y en su Madre y de completa dedicación a la Iglesia y al hombre. Él nos acompaña desde el cielo y nos recuerda la importancia de la comunión espiritual y pastoral entre los obispos. La unidad de los pastores en la fe, en la caridad, en la enseñanza y en el desvelo compartido por el bien de los fieles, constituye un punto de referencia para toda la comunidad eclesial y para todo aquel que busque una orientación segura en su camino diario por las sendas del Señor. Queridos hermanos: ¡Que nada ni nadie siembre divisiones entre vosotros! Estáis llamados a construir la comunión y la paz enraizadas en el amor fraterno y a dar a todos un ejemplo alentador de ambas. Y dicha actitud será ciertamente fecunda y transmitirá a vuestro pueblo fiel la fuerza de la esperanza.

² Discurso del PAPA FRANCISCO a los obispos de la Conferencia Episcopal Polaca con ocasión de su visita «ad limina Apostolorum» (7-2-2014) (Ecclesia n° 3715 (22 de febrero de 2014), pp. 28 y 29). Traducción de *Ecclesia*.

Durante nuestros encuentros de estos días he visto confirmado el hecho de que la Iglesia que está en Polonia tiene grandes potencialidades de fe, de oración, de caridad y de práctica cristiana. Gracias a Dios en Polonia hay una buena frecuentación de los sacramentos; hay iniciativas válidas en los sectores de la nueva evangelización y de la catequesis; hay una amplia actividad caritativo-social, y una evolución satisfactoria de las vocaciones sacerdotales. Todo ello favorece la formación cristiana de las personas, una práctica motivada y convencida, así como la disponibilidad de los laicos y de los religiosos a colaborar activamente en las estructuras eclesiales y sociales. Respecto al hecho de que también se detecte cierta disminución en algunos aspectos de la vida cristiana, ello requiere un discernimiento, una búsqueda de los motivos y de las formas de afrontar los nuevos desafíos, como —por ejemplo— la idea de una libertad sin límites, la tolerancia hostil o desconfiada hacia la verdad o el malhumor hacia la justa oposición de la Iglesia al relativismo imperante.

La familia, prioridad

Ante todo, en el ámbito de la pastoral ordinaria, quisiera centrar vuestra atención en la familia, «célula básica de la sociedad», «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros y donde los padres transmiten la fe a sus hijos» (*Evangelii gaudium*, n. 66: *Ecclesia* 3.704-05 [2013/III], pág. 1827). Hoy, por el contrario, el matrimonio es considerado, con frecuencia, como una forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno (cf. *ibíd.*). Desgraciadamente, esta visión influye también en la mentalidad de los cristianos, causando un fácil recurso al divorcio o a la separación de hecho. Los pastores están llamados a plantearse cómo asistir a quienes viven en esta situación, para que no se sientan excluidos de la misericordia de Dios, del amor fraterno de otros cristianos y del desvelo de la Iglesia por su salvación, y cómo ayudarlos a no abandonar la fe y a permitir que sus hijos crezcan en la plenitud de la experiencia cristiana.

Por otro lado, hay que preguntarse cómo mejorar la preparación de los jóvenes al matrimonio, de manera que puedan descubrir cada vez más la belleza de esta unión que, si está correctamente basada en el amor y en la responsabilidad, tiene la capacidad de superar las tribulaciones, las dificultades, los egoísmos, mediante el perdón recíproco, reparando lo que corre el peligro de arruinarse y evitando caer en la trampa de la mentalidad del desecho. Hay que preguntarse cómo ayudar a las familias a vivir y apreciar tanto los momentos de alegría como los de dolor y debilidad.

Las comunidades eclesiales tienen que ser lugares de encuentro, de diálogo, de consuelo y de apoyo para los esposos en su camino conyugal y en su misión educativa. Estos han de hallar siempre en los pastores el apoyo propio de unos auténticos padres y guías espirituales que los protejan de las ideologías negativas y los ayuden a fortalecerse en Dios y en su amor.

Ante la JMJ 2016 Cracovia

La perspectiva de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que se celebrará en Cracovia en 2016, me lleva a pensar en los jóvenes, que, junto con los ancianos, son la esperanza de la Iglesia. Hoy en día, un mundo rico en instrumentos informáticos les ofrece nuevas posibilidades de comunicación, pero al mismo tiempo reduce sus relaciones interpersonales de contacto directo, de intercambio de valores y de compartición de experiencias. Sin embargo, en el corazón de los jóvenes hay un anhelo de algo más profundo, que valore plenamente su personalidad. Hay que responder a este deseo.

En este sentido, la catequesis brinda amplias posibilidades. Sé que en Polonia participa en ella la mayoría de los alumnos de las escuelas, quienes adquieren un buen conocimiento de las verdades de la fe. Pero la religión cristiana no es una ciencia abstracta, sino un conocimiento existencial de Cristo, una relación personal con Dios, que es amor. Tal vez haya que insistir más en la formación de la fe vivida como relación, en la que se experimenta la alegría de ser amado y de poder amar. Es preciso intensificar el desvelo de los catequistas y de los pastores, para que las nuevas generaciones puedan descubrir plenamente el valor de los sacramentos como medios privilegiados de encuentro con Cristo vivo y fuentes de gracia. Hay que animar a los jóvenes a formar parte de movimientos y de asociaciones cuya espiritualidad se base en la Palabra de Dios, en la liturgia, en la vida comunitaria y en el testimonio misionero. Que tengan también ocasión de expresar su disponibilidad y su entusiasmo juvenil en las obras de caridad organizadas por los grupos parroquiales o escolares de Cáritas, o en otras formas de voluntariado y de misionalidad. Que su fe, su amor y su esperanza se refuercen y florezcan en el compromiso concreto en nombre de Cristo.

La tercera atención que quisiera recomendaros es la destinada a las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Doy gracias con vosotros al Señor, que durante los últimos decenios ha llamado, en la tierra polaca, a tantos operarios a su mies. Muchos sacerdotes polacos, buenos y santos, desempeñan con dedicación su ministerio, tanto en sus propias Iglesias locales como en el extranjero y en las misiones. ¡Pero que la Iglesia que está en Polonia no se canse de seguir rezando por las nuevas vocaciones sacerdotales! Vosotros, queridos

obispos, tenéis el cometido de proveer para que esa oración se traduzca en compromiso concreto en la pastoral vocacional y en una buena preparación de los candidatos en los seminarios.

En Polonia, gracias a la presencia de buenas universidades y facultades de Teología, los seminaristas alcanzan una válida preparación intelectual y pastoral. Esta debe acompañarse siempre de una formación humana y espiritual, para que vivan una intensa relación personal con el Buen Pastor; para que sean hombres de oración asidua, abiertos al Espíritu Santo, generosos, pobres de espíritu; y para que estén llenos de amor ardiente por el Señor y por el prójimo.

En el ministerio sacerdotal, la luz del testimonio podría verse ensombrecida o «escondida bajo el celemín» si faltara el espíritu misionero, la voluntad de «salir», en una conversión misionera constantemente renovada, para buscar –también en las periferias– y acercarse a quienes aguardan la Buena Nueva de Cristo. Semejante estilo apostólico requiere también un espíritu de pobreza, de abandono, para ser libres en el anuncio y sinceros en el testimonio de la caridad. A este respecto, recuerdo las palabras del beato Juan Pablo II: «De todos nosotros, sacerdotes de Jesucristo, se espera que seamos fieles al ejemplo que él dejó: por consiguiente, que seamos “para los demás”. Y si “tenemos”, que tengamos también “para los demás”. Y ello con mayor razón porque si tenemos, tenemos “de los demás” [...]. Con un estilo de vida cercano al de una familia media, o, mejor aún, al de una familia más pobre» (*Discurso a los seminaristas, al clero y a los religiosos*, catedral de Szczecin, 11-6-1987, n. 9).

No olvidemos, queridos hermanos, las vocaciones a la vida consagrada, especialmente las femeninas. Como habéis observado, preocupa el descenso, también en Polonia, de incorporaciones a congregaciones religiosas: se trata de un fenómeno complejo, cuyas causas son múltiples. Espero que todos los institutos religiosos femeninos puedan seguir siendo, de manera adecuada a nuestros tiempos, lugares privilegiados de afirmación y de crecimiento humano y espiritual de la mujer. Las religiosas deben estar dispuestas a afrontar tareas y misiones incluso difíciles y exigentes, que valoricen sus capacidades intelectuales, afectivas y espirituales, sus talentos y carismas personales. Recemos por las vocaciones femeninas y acompañemos con estima a nuestras hermanas, que a menudo en el silencio e inobservadas dedican su vida al Señor y a la Iglesia en la oración, en la pastoral y en la caridad.

Concluyo exhortándoos al desvelo por los pobres. También en Polonia, pese al actual desarrollo económico del país, hay muchos necesitados, desempleados, sin techo, enfermos, abandonados, así como muchas familias –sobre todo las numerosas– sin medios suficientes para vivir y para educar a sus hijos. ¡Estad a su lado! Sé lo mucho que hace la Iglesia que está en Polonia en este campo, mostrando gran generosidad no solo en su patria, sino en otros países del mundo. Os

agradezco a vosotros y a vuestras comunidades esta labor. Seguid animando a vuestros sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles a tener la «fantasía de la caridad» y a practicarla siempre. Y no os olvidéis de cuantos, por diferentes motivos, dejan el país e intentan construirse una nueva vida en el extranjero. Tal vez su número creciente y sus exigencias requieran una mayor atención por parte de la Conferencia Episcopal. Acompañadlos con una atención pastoral adecuada, para que puedan conservar la fe y las tradiciones religiosas propias del pueblo polaco.

Queridos hermanos: Os doy las gracias por vuestra visita. Llevad mi saludo cordial a vuestras Iglesias particulares y a todos vuestros compatriotas. Que la Virgen María, Reina de Polonia, interceda por vuestro país; que proteja bajo su manto a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles, y que alcance para cada uno de ellos y para todas sus comunidades la plenitud de las mercedes del Señor. Recémosle juntos: «Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix: Nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.»